

Arqueología de 1800-1850: una mirada desde el otro lado de la frontera

Archaeology 1800-1850: A view from the other side of the border

Assumpció Vila Mitjà
Institució Milà i Fontanals. CSIC

Fecha de recepción: 23.01.2013
Fecha de aceptación: 24.04.2013

RESUMEN

La arqueología de sitios datados en la primera mitad del siglo XIX amplía nuestra visión de la expansión del capitalismo y del colonialismo. Se constata materialmente el impacto de la sociedad industrial y la explotación de los recursos sobre las sociedades originarias que las llevó a su desaparición como tales. Es una perspectiva desde el “otro lado de la frontera”, a veces complementaria a veces contrastante con la imagen que se deriva del análisis del documento escrito o gráfico. Varios ejemplos centrados en sociedades que habían subsistido en base a la recolección, caza y pesca permiten enfocar esa historia desde las periferias hacia el centro. A partir del contacto, el impacto de las misiones, la primera instalación colonial y el colapso siguen procesos paralelos muy similares que ilustran muy bien el carácter global del fenómeno histórico.

PALABRAS CLAVE: Arqueología, capitalismo, colonialismo, sociedades cazadoras-recolectoras.

ABSTRACT

The Archaeology of places which have been dated in the first half of the nineteenth century, amplifies our vision of capitalism and colonialism expansion. Consequently we can confirm the impact that the industrial society and the resources exploitation made on the initial societies, leading them to its extinction. It is a point of view “from the other side of the border” that can contrast or be supplementary to the conclusions we get from the analysis of graphic and written documents. Several examples focused in societies that survived thanks to the gathering, hunting and fishing, allow us to approach that history from the periphery to the centre. The first contact, the impact of the missions, the colonial settlement and the collapse are followed by similar parallel processes that illustrate clearly the global nature of this historical phenomenon.

KEY WORDS: Archaeology, capitalism, colonialism, hunter-gatherer societies.

1. Introducción

La Arqueología como ciencia social no es ajena a la época en la que se desarrolla, por eso es cambiante en sus objetivos y sus procedimientos. Y tampoco es uniforme; su desarrollo y práctica están en función de sus practicantes y su relación con los poderes político-económico de cada época y sus intereses. Esto acaba conformando grupos dominantes u oficiales dentro de la disciplina que no siempre coinciden con lo mejor de la ciencia ni con lo que ésta puede hacer como ciencia social.

Por eso aunque la Arqueología como disciplina empieza en la naciente Europa de las naciones en el siglo XIX, la arqueología sobre el siglo XIX (la Arqueología del capitalismo o del colonialismo) empieza a finales del siglo XX. La Arqueología industrial es una de las ramas más recientes de la Arqueología, que se dedica al estudio de los sitios, los métodos y la maquinaria utilizada en los procesos de producción introducidos con la Revolución industrial, así como las formas de comportamiento social y de hábitat derivadas de dicho cambio. El término Arqueología industrial surge en Inglaterra y va parejo al concepto de patrimonio industrial (Vicenti, 2007). El objetivo general es ir más allá de los documentos escritos y gráficos, pero con diversos intereses y enfoques: por ejemplo, no como auxiliar de la historia sino contrastando lo que se cree conocer según la historiografía; contribuyendo a la explicación del proceso de globalización que se inicia en este momento histórico. Esta Arqueología se ha practicado como alternativa al estudio de documentos de la Era Industrial, los cuales se han revelado sesgados en beneficio de las clases dominantes e insuficientes a la hora de permitir una investigación fidedigna sobre la vida de las clases subordinadas, del campesinado, de las minorías marginadas (el final del esclavismo afroamericano, los aborígenes de distintas partes del mundo, las comunidades o minorías religiosas o políticas...). Se parte de que los datos arqueológicos no sólo permiten balancear la información sino también comprobar la verdad o falsedad de lo que dicen los documentos y salvar las discrepancias existentes entre éstos. Se ha hecho, pues, arqueología del capitalismo, del género, de “la frontera” –es decir del contacto de los indígenas con colonos (con distintas aproximaciones: la de la dualidad dominación-resistencia y la de criollización o del mestizaje).

E incluso se investiga el siglo XIX desde la arqueología con el objetivo de replantear la propia metodología científica y poner de manifiesto sus sesgos (desde el feminismo, por ejemplo) o tantear las (pre)supuestas incapacidades y límites de la metodología arqueológica. Y finalmente se está planteando una arqueología de la época moderna con intereses de rentabilización de lo que se llamarán paisajes industriales/patrimonio industrial, con rutas de turismo industrial incluidas, sobre todo en Europa, o para reivindicar la historia reciente de otros continentes (desde una visión de los pueblos nativos no como un pasado remoto, ni como indígenas “pasivos aculturados”).

Y aunque esta arqueología del XIX se inició en Europa, como la arqueología prehistórica, se extendió rápidamente a EEUU y a las zonas que fueron colonizadas o industrializadas en aquel siglo XIX: Australia, América central y sur, Caribe, África y Asia. Existen hoy revistas internacionales, así como sociedades de Arqueología Histórica o Industrial en distintos países que publican revistas (por ejemplo: *Revista de arqueología histórica argentina y latinoamericana*; *International Journal of Historical Archaeology*; *Journal of the Society for Industrial Archeology*; *Society for Industrial Archeology Newsletter*; *Boletín de Arqueología e Historia*; *The Journal Australasian Historical Archaeology*) y monografías en las que se encuentra una gran cantidad de información (Lydon y Rizvy 2010).

Su variedad de enfoques, objetivos y praxis son los que provocan las diversas denominaciones con que conocemos esta Arqueología: histórica, del capitalismo, industrial, urbana; etnoarqueología; arqueología colonial... (Leone y Potter, 1999; Díaz-Andreu, 2005).

2. Sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras de tierra del fuego

En ese contexto, un equipo de investigación catalán con colaboración argentina empezó en 1988 un ambicioso programa etnoarqueológico en Isla Grande de Tierra del Fuego. Las costas del canal Beagle habían sido hasta finales del siglo XIX parte importante del territorio de grupos aborígenes considerados canoeros, en concreto del grupo que el etnógrafo austríaco Martín Gusinde había denominado *yámana*. El objetivo del proyecto era básicamente metodológico y etnoarqueológico: poner a prueba las posibilidades de la moderna metodología arqueológica para dilucidar el tipo de relaciones sociales que organizan una sociedad cazadora-recolectora. Para ello se realizaron excavaciones de yacimientos ocupados por aquellas sociedades en sus momentos finales, cuando habían tenido ya contactos con europeos y estaban documentalmente bien descritas. Es decir se excavaron asentamientos aborígenes del siglo XVIII-XIX situados en la costa del canal Beagle, y como elemento de comparación también asentamientos más al norte en el interior de la isla correspondientes a otro de los grupos nativos, llamado *selknam* por los etnógrafos. Fueron los sitios yámana Túnel VII, el lugar de asentamiento de una cabaña reocupado temporalmente en diez ocasiones; Lanasuhaia: asentamiento con una prolongada ocupación de varios meses (Figura 1); Alasawaia con la excavación de los restos de consumo de la última ocupación de un asentamiento; Harberton, un enterramiento de un individuo adulto dentro de una acumulación de desechos compuesto básicamente por cáscaras de mejillones (conchero); Mischiuen III, un enterramiento de una adulta en un alero rocoso (reutilizado como zona de enterramiento); Cabaña Remolino, un sitio donde se celebró una de las últimas ceremonias yámana a instancias del citado M.Gusinde; y, en el corazón de la isla, Ewan I, choza ceremonial selknam y Ewan II, cabaña selknam con una ocupación relacionada con la anterior.

Los resultados de estos trabajos permitieron documentar arqueológicamente los últimos tiempos de estas sociedades y las causas de su desaparición (Estévez y Vila, 2007).

Estos grupos canoeros aborígenes, cuya historia en la zona se remonta a 7000 años antes, vivían en el siglo XIX (1ª mitad) aprovechando básicamente los recursos litorales y marítimos (pescadores-recolectores-cazadores). Habían desarrollado una tecnología que hoy calificamos de simple, y unas rígidas normas sociales que regulaban la vida cotidiana manteniendo una desigualdad estructural entre mujeres y hombres a todos los niveles. Los trabajos arqueológicos previos (desde finales de los 70) habían demostrado que después de un largo proceso histórico se había conseguido una organización social que mantenía bajo control tanto la producción de alimentos y bienes de consumo como la reproducción biológica.

Con las evidencias arqueológicas de estos yacimientos estudiados se constataron unos primeros contactos, indirectos, con europeos/blancos. Muy poco tiempo después del paso por el Estrecho de Magallanes de la primera expedición europea en el siglo XVI, ya habían llegado materias primas europeas hasta la zona del Canal Beagle (un fragmento de vidrio en los niveles recientes del yacimiento Lancha Pakewaia, datado en más de 280 años de radiocarbono). Esto significa que la primera influencia europea indirecta llegó doscientos años antes que la primera expedición oficial, la del HMS Beagle.

En los yacimientos del siglo XIX, los materiales europeos están ya presentes, aunque en poca cantidad (algunos fragmentos de vidrio) o bien se han documentado indirectamente gracias a las marcas de cortes de instrumentos de metal dejadas en algunos huesos de animales grandes. Esta presencia europea sólo implicó cambios en cuanto a las materias primas usadas en su sistema tecnológico, mejorándolo a nivel de eficacia: por ejemplo,

el vidrio o el hierro encontrado en las playas procedentes de barcos o de naufragios fue utilizado para sustituir las valvas de cholga como hoja de los cuchillos o las puntas de piedra de las flechas y los frágiles punzones de hueso de ave. Al principio se trabajaron estos nuevos materiales con los mismos métodos que se empleaban para las materias primas locales (percusión, abrasión, pulido) e incluso se les daba unas formas que imitaban las formas tradicionales (los punzones de metal son clavos metálicos enmangados en los mismo huesos de ave que se usaban tradicionalmente como punzones, las hojas de hierro en los cuchillos se enmangan transversalmente como hacían en los cuchillos de valva) (Figura 2).

Pero no se han observado, tal vez porque los yacimientos arqueológicos no están todavía demasiado documentados a nivel extensivo, cambios sustantivos ni a nivel de los asentamientos ni de la organización social. Los grandes cambios sólo se constatan en época más tardía (en la segunda mitad del XIX), cuando ya existen informaciones escritas de los misioneros que se instalaron en la zona. Los fondos de cabañas de la época del contacto no difieren de los de las épocas anteriores, aunque cabe la posibilidad de que en la época del proto-contacto y del primer contacto existieran asentamientos de cabañas formados por agrupaciones más grandes de las que se describen a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Este podría ser el caso del yacimiento de Lanashuaia, y también de los poblados que se observan en los grabados de la primera expedición por Cabo de Hornos.

Aunque no se conoce su alcance en el primer momento, es muy probable que las enfermedades nuevas y los nuevos brotes de las que ya existían, y que son constatables arqueológicamente en los restos humanos, disminuyeran drásticamente el número de personas. Sobre el tema de las enfermedades desconocemos el impacto de las que se pudieron transmitir a distancia, antes de la llegada efectiva de los europeos. Pero sí están documentados los contagios que se produjeron a partir de los contactos directos, a pesar de que no existen registros escritos detallados hasta más tarde, cuando ya se instalaron los misioneros. Estos quedaron impresionados y describieron episodios de mortandades masivas. Por tanto es posible que la imagen etnográfica que se construyó a partir de la segunda mitad del siglo XIX ofrezca un paisaje humano diferente del que podía haber existido originalmente, en los momentos precedentes al contacto europeo.

Tampoco se han analizado todavía en este sentido suficientes restos humanos de estas épocas a pesar de que hay ya bastantes excavados: enterramiento en un conchero de un adulto con dos raspadores de vidrio en Harberton, una mujer joven en el alero Mishiwén III, cerca de uno de los primeros asentamientos de los colonos-misioneros, o el enterramiento en el conchero Acatushún de un individuo adulto y seis botones asociados.

Sin embargo se sabe que existieron contactos directos con tripulaciones de barcos loberos-balleneros y peleteros, con las tripulaciones de expediciones científico-políticas y más tarde con los misioneros, quienes de hecho no sólo introdujeron nuevas enfermedades sino que propiciaron ciertas prácticas cotidianas que afectaron negativamente la salud de la población indígena.

En esta época comenzó también la práctica del rapto y desplazamientos forzosos de indígenas, que continuó hasta el siglo XX. Ya en 1829 durante el primer viaje con finalidades científicas de exploración de las costas sudamericanas, el teniente de la Marina Real Británica Robert Fitz-Roy se llevó a Gran Bretaña en el bergantín *Beagle* a tres jóvenes y a una niña nativos de las costas del canal (Fueguia Basket, Jimmy Button, York Minster, Boat Memory). Y en 1831-36 el mismo Fitz Roy, ya comandante en el segundo viaje del *Beagle* (que será célebre por el diario de viaje publicado por quién será el famoso Charles Darwin) trae de vuelta a los 3 fueguinos supervivientes: Fueguia Basket, Jimmy Button y York Minster.

En este viaje de 1836 es cuando se produce el primer intento misionero, fracasado: Richards Matthews, designado por la Church Missionary Society para que permaneciera entre los fueguinos se quedó unos días en la bahía Wulaia (actual Chile) pero renunció y regresó al barco. Más tarde, en 1848, tendrá lugar el segundo intento misionero por Allan Gardiner en isla Picton (la misión fracasó y posteriormente se rescataron los restos de los primeros misioneros muertos de escorbuto y hambre). Hasta 1871 no se estableció de manera definitiva en el Canal la misión anglicana por Thomas Bridges y su familia (Mary Ann Varder y su hija). Esta primera misión estable, un pequeño poblado con huertas, se convertirá en la actual ciudad de Ushuaia y no ha sido excavada. Y tampoco las posteriores estancias misioneras de la zona.

Uno de los fenómenos que las excavaciones en Tierra del Fuego han constatado es el aumento relativo y significativo de restos de pescado junto con la disminución de la proporción del consumo de lobos marinos en estos asentamientos del siglo XVIII-XIX (Túnel VII, Lanashuaia, Alasawaia) en comparación con su presencia en yacimientos de épocas anteriores. Se interpretó como la evidencia de un intento de cambio, frustrado, en cuanto a la estrategia de captación de recursos. El recurso pinnípedos había constituido una de las claves del mantenimiento de la subsistencia de estos pueblos ya que las últimas zonas de reproducción de estos animales se hallaban en las islas exteriores y en el océano Antártico, fuera del alcance tecnológico de la población indígena. Así la intensificación de la pesca pudo ser un intento de desarrollar un recurso alternativo frente a una cada vez menor abundancia de pinnípedos. Sin embargo, es muy probable que la rigidez de unas normas sociales, el efecto catastrófico de las enfermedades y la dispersión de la población, unidas a la posterior actuación misionera no permitiese un posible cambio estructural pausado, sino que precipitase la disgregación y disolución de la sociedad nativa.

Se ha podido demostrar que, aunque el registro paleoclimático obtenido en los sitios arqueológicos muestra ligeras variaciones a lo largo del Holoceno, no existió una causa natural biótica o abiótica que explicase ese disturbio final.

A principios del siglo XIX se inició la explotación foquera y ballenera euro-americana en el continente antártico, aunque no hay todavía demasiadas precisiones históricas sobre su magnitud, su temporalidad, dinámica e intensidad.

Pero en los años 90 del siglo XX se iniciaron proyectos arqueológicos en la Antártida que confirmaban las hipótesis formuladas acerca de las causas que incidieron en esos últimos temas. En efecto, las excavaciones de asentamiento balleneros confirmaron las fuentes documentales que señalaban una presencia constante de barcos loberos y balleneros faenando directamente en las zonas de reproducción y con tecnologías mucho más letales que las de los nativos. Lo cual provocó la catastrófica reducción de los mamíferos marinos, elemento fundamental en la alimentación de las gentes canoeras de los archipiélagos fueguinos.

Las excavaciones arqueológicas de los campamentos y refugios loberos en isla Desolación y cabo Shirreff (islas Shetland del Sur) aportaron las primeras pruebas materiales de la coexistencia de cazadores foráneos e indígenas demostrando que en estos barcos se utilizó a los hombres nativos como mano de obra/marineros/pilotos y a las mujeres como objetos sexuales. Todo lo cual contribuyó a la desestructuración de la organización social nativa. En los sitios arqueológicos se encontraron restos de artefactos indígenas en asociación directa a restos de maderas, cerámicas, lozas, hierro, vidrio y semillas de procedencia inglesa o norteamericana del siglo XIX. En playa Yámana, cerca de dos abrigos rocosos que fueron utilizados por loberos, se encontró un cráneo completo de una mujer adulta joven -mestiza- y dos fémures, aparentemente de la misma persona.

Se constató además en otras playas una marcada diferencia arquitectónica entre los asentamientos y, en algunos casos, diferencias constructivas en el interior que son atribuidas por los investigadores a personas de distinto estatus dentro de los grupos.

Dado que no existe ningún método radiométrico susceptible de ser aplicado a estos hallazgos arqueológicos con total fiabilidad, la cronología exacta es un problema. En consecuencia, debido a la gran homogeneidad que exhiben los materiales arqueológicos y sabiendo que la primera etapa de cacería, entre 1819 y 1825, fue la más intensa de todas y la que congregó al mayor número de cazadores, se tiende a adscribir los hallazgos a esta etapa. Además, la tipología de las pipas presentes en estos sitios refuerza fuertemente esta presunción puesto que las encontradas en los sitios son del período 1780-1820 (Zarankin y Senatore, 2005: 47 y Stehberg, 2003: 177).

Otro de los proyectos arqueológicos interesantes en este sentido es el Proyecto hispano-chileno que buscó la localización del barco español San Telmo, dado por perdido en aguas del Atlántico Sur a la altura del Cabo de Hornos en la primavera austral de 1819 cuando iba de Cádiz a El Callao, en la costa americana del Pacífico (Stehberg 2003: 62 y 85), enviado con otros tres buques y tropas para intentar socorrer a los realistas españoles en las colonias sublevadas de América del Sur.

El estudio arqueológico incluyó no solo la búsqueda e identificación de los restos del navío sino también de todos los vestigios o indicios dejados por los sucesivos visitantes de la zona. En una gran bahía cerrada al oeste por unos islotes denominados en la cartografía antigua Telmo Island, hallaron una especie de abrigos en un acantilado que pudieron haber sido preparados artificialmente. Por toda la zona y también en otra gran bahía, la de la Media Luna, había restos de madera desperdigados así como restos de focas y lobos marinos y algunos huesos de ballenas.

En una prospección superficial se halló un cráneo que según el examen antropológico realizado en la Universidad de Santiago de Chile puede corresponder a una mujer indígena llevada por los cazadores de lobos como servidora en un barco.

Se localizaron finalmente cinco enclaves seguros con actividad antrópica temporal en forma de pequeños campamentos con escasos restos de estructuras y materiales diseminados. Las excavaciones efectuadas en cuatro de ellos facilitan las primeras evidencias para la zona que en parte se corresponden con establecimientos similares hallados en Península Byers, Isla Rey Jorge y otros lugares de los archipiélagos de las Shetland del Sur y de las Orcadas.

La constatación del proceso final de las sociedades aborígenes de Tierra del Fuego hace aparecer la pregunta de si se trató de un caso aislado debido a que eran sociedades social y tecnológicamente muy simples o si fue un proceso repetido y general que afectó a las sociedades de pequeña escala, cuya subsistencia se centraba en la caza-pesca y recolección.

Para comprobar esta cuestión se deben analizar los procesos vividos por otras sociedades nativas basadas en la pesca-recolección-caza.

3. Las sociedades de la costa noroeste de Norteamérica

En el otro extremo de la costa del Pacífico americano habitaban las consideradas recurrentemente como sociedades cazadoras-recolectoras más complejas. En las sociedades de la costa central del Noroeste de Norteamérica los trabajos arqueológicos demuestran que las descripciones etnográficas tienen importantes anacronismos, errores y lagunas. Las informaciones contrastadas arqueológicamente evidencian un proceso similar al de Tierra del Fuego: el detonante del contacto fue la exploración y la demanda de pieles finas desde 1742, primero de nutrias marinas y después, cuando éstas se rarifican a partir de 1815, se pasó al comercio de pieles finas de tierra adentro (básicamente de castor).

Dos autores arqueólogos (A. Martindale y P. Prince) coinciden en señalar un primer período protohistórico/proto-contacto anterior al siglo XIX en el que llegan influencias europeas indirectamente, seguido de un segundo período de exploraciones y de comercio peletero durante las primeras décadas del siglo XIX. Durante este tiempo los indígenas del norte de la costa pacífica de Canadá conservan su autonomía económica y sus relaciones de producción. Después del primer asentamiento de puestos comerciales (Fort Simpson en el área tsimshian y Fort McLoughlin, más al sur en el área Bella Colla) habría habido una fase postcontacto en la que se incrementaron el comercio y el intercambio hasta que finalmente tenderos, colonos (en 1834 se funda Fort Simpson y en 1849 Fort Rupert), buscadores de oro (1858) y envasadoras y aserraderos europeos comenzaron a instalarse en el territorio y a partir de la segunda mitad del siglo acaban por engullir a la población indígena en la sociedad de mercado.

A lo largo de todo este período se produce un cambio en las relaciones entre europeos e indígenas en paralelo al proceso de cambio que experimenta la propia sociedad europea (que pasa del contacto comercial a la colonización).

En el área tsimshian costera el primer contacto directo se produjo en 1787. Pero existe lo que llamamos proto-contacto, período durante el cual, igual que en Tierra del Fuego, los indígenas estuvieron expuestos a las influencias indirectas de los europeos (enfermedades y objetos europeos como monedas y elementos metálicos que se encuentran a lo largo de todo el curso del río Skeena). Este primer influjo indirecto del comercio europeo se percibe arqueológicamente además de por la presencia de algunos objetos industriales, por un aumento del número de restos de animales de piel en los asentamientos y especialmente en cambios en el propio patrón de asentamiento. En el bajo Skeena se pasó de ocupaciones permanentes a unas ocupaciones estacionales y se instalaron nuevos asentamientos, como Metlalka, en los puertos naturales. En el interior del curso bajo del río hubo un cambio hacia una jerarquización de los asentamientos apareciendo aldeas más grandes a lo largo del Skeena y en las confluencias con sus afluentes (Exchamsiks y Kitsumkalum).

Otra cosa estaba ocurriendo en el curso medio del Skeena, en la zona gitksan, donde se ubicaron poblados fortificados (por ejemplo los yacimientos de Kitwanga -GgTa1- en el Kitsumkalum Canyon y Gitlaxdzawk- GdTc1- en el Kitselas Canyon) con ocupaciones más permanentes sobre el río para poder participar del tráfico del comercio de pieles entre el interior y la costa, a la que llegaban los barcos de los europeos. Los asentamientos se hicieron más sedentarios y grandes (hasta 17 casas) pero las casas se redujeron de tamaño y comienzan a tener elementos europeos.

En suma, se nota un incremento en la participación de la economía comercial (perdiendo importancia la economía subsistencial) y una reducción de las casas (segmentación social, que podría explicarse por el efecto de las enfermedades pero también por efectos de segmentación interna).

La presencia de bienes europeos exóticos potenció ciertas tendencias que ya existían como por ejemplo la acumulación de excedente, los conflictos violentos (los poblados se fortificaron), las desigualdades sociales y el comercio de esclavos. Las dos primeras se documentan muy bien en el poblado de Kitwanga Hill Fort datado en el período 1750-1859. En él los ítems europeos se distribuyen homogéneamente en las casas pero al final del período aparecen especialmente en determinadas zonas de una casa central (Prince, 2001). En ésta se concentran además los restos de animales de piel, se documenta un acaparamiento de bienes exóticos y una dieta alimenticia mucho más variada que en las casas de la periferia, más modestas además en su construcción.

A pesar de esos cambios, la estructura de reproducción social no se modificó esencialmente en ese momento de proto-contacto. Aunque el número de casas de

los poblados y su tamaño son distintos, la estructura interna de las casas no cambiaría sustantivamente hasta finales del siglo XIX. Martindale (2006) atribuye esta resistencia al cambio, entre otras cosas, al hecho de que hasta el completo asentamiento de la colonia europea en Fort Simpson y sobre todo hasta la instalación definitiva de los misioneros, los indígenas dependieron de las estrategias y de las relaciones de producción subsistencial tradicionales.

Todo ello ha quedado documentado en el yacimiento Psacelay (GbTh-4). En este poblado las casas precontacto son como las describe la etnografía: de grandes dimensiones (hasta 11*18m), multifamiliares, con divisiones internas, con una distribución desigual de los bienes de consumo y con acumulación del excedente en la parte "noble" (la más interior) de la casa. En este yacimiento una de las dos casas pre-contacto fue abandonada coincidiendo con la presencia en la otra casa de elementos europeos post-contacto sin embargo la estructura interna continúa siendo la misma. Lo mismo ocurre en el poblado de Ginakangeek (GbTh-2) donde se han encontrado vidrios artesanales, vajilla con decoración azul, útiles de trampero, pesos de pescar de plomo y casquillos de rifle en una de las casas (Martindale 2006).

El comercio de bienes europeos (hierro, útiles de hierro, mosquetes, planchas de cobre, tejidos, pintura, azúcar, galletas, malaza, ron, tabaco) se sobreimpuso aprovechando las redes de intercambio pre-existentes (de conchas de *Dentalium*, esclavos, aceite del pez candela (*Thaleichthys pacificus*), frutos del bosque secos, canoas...) y sirvió de potenciador para la generación de prestigio, con indios de intermediarios e incluso barcos europeos actuando de intermediarios entre los nativos.

Con la instalación de Fort Simpson (Port Simpson, British Columbia), a partir de 1834, los indígenas comenzaron a agruparse alrededor de los asentamientos europeos abandonando cada vez más sus asentamientos invernales. Aunque la caza y la preparación de pieles eran practicadas principalmente por indígenas autónomos, aquí, igual que en Tierra del Fuego, los documentos escritos hablan ya de la contratación de mano de obra indígena: primero de aleutianos por los rusos (1810) y después de indios por los británicos de Fort Simpson. Y, a partir de 1840, ya encontramos indígenas integrados en los asentamientos europeos. A partir de 1870 se convirtieron en asalariados de aserraderos, envasadoras e incluso emigraron a la ciudad de Victoria (el asentamiento de Fort Victoria se instaló en 1843).

Desde los fuertes europeos (Figura 3) se expandieron enfermedades como la que en 1836 mató a un tercio de la población nativa.

Un caso similar es lo que ocurre más al sur, en el área de Bella Colla, donde el análisis del conjunto de materiales de asentamientos Kimsquit demuestra una gradual incorporación y modificación de bienes europeos a la vida nativa, que retiene la mayor parte de sus elementos propios. No será hasta la segunda mitad del siglo XIX que se generalizó el uso de estos ítems foráneos aunque con funciones y usos a veces nativos propios. Es decir, hubo una adopción selectiva de materiales europeos. En algunos casos trabajaron estas materias primas con técnicas tradicionales, dándoles formas nuevas y originales distintas a las que tenían antes estos útiles. Y a veces no se trataba de sustituir los ítems tradicionales sino que los objetos importados adquirirían un valor añadido, o un uso como bienes de prestigio (armas de fuego, botones, uniformes, llaves y vidrios transparentes).

Las compañías peleteras que penetraban desde el este del continente avanzaron hasta llegar, ya en 1806, a establecer fuertes (Fort St. James, Fort Kilmaurs y Fort Connelly) en las cabeceras de los ríos del Pacífico. Los misioneros de la Church Missionary Society llegaron más tarde y se instalaron en 1822 en Red River (Rupert's Land), pero en la Costa Noroeste el primer misionero (William Duncan miembro de la misma Church Missionary

Society) se instaló en Port Simpson mucho más tarde (en 1857), igual que ocurrió en Tierra del Fuego. Los objetivos y estrategias de estos misioneros fueron los mismos en ambos extremos del continente americano.

4. Australasia

Aunque hay ciertos elementos diferenciales, el proceso que se vivió en el Pacífico oriental tuvo muchas semejanzas con el del otro extremo del Pacífico sur.

La arqueología ha contribuido a recuperar una imagen más completa de la primera época de asentamiento europeo, especialmente a través de la *Australian Society for Historical Archaeology* fundada en 1970 por Judy Birmingham y que editó una *Newsletter* desde 1973. Posteriormente, en 1983, esta publicación se transformó en el *Australian Journal of Historical Archaeology*. La sociedad a partir de 1991 se amplió en *Australasian Society for Historical Archaeology* que edita *ASHA Newsletter* y el *Journal Australasian Historical Archaeology*, así como una serie de *Occasional Papers* y monografías desde 1984.

Los trabajos arqueológicos, muchos publicados por el *Australasian Institute for Maritime Archaeology*, han analizado pecios de barcos hundidos y encallados y el comercio de materiales que transportaron. También se han estudiado los asentamientos balleneros, explotaciones de bienes de consumo (salinas) y minerales, granjas ovejeras, los fuertes, los escenarios de guerra, las instalaciones militares (por ejemplo el asentamiento militar de 1840 de Port Essington o el de Fort Ligar), prisiones, las misiones, el desarrollo urbano de las ciudades como Sidney, Wellington o Auckland. Se ha tenido en cuenta la vida indígena y las actividades de la población subordinada: mujeres de colonos, convictas y mujeres aborígenes. El cuadro surgido de estos trabajos arqueológicos se completa con la cronología y la información sobre este proceso que se ha construido a partir de los registros escritos.

La entrada en escena de los europeos se produjo de manera análoga: existieron unos primeros viajes exploratorios de marinos ibéricos (los archivos en la Península son muy poco conocidos y poco estudiados por los estudiosos anglófonos) y neerlandeses, pero fueron, igual que en la Costa del Noroeste, los mediáticos viajes de Cook los que, en un contexto social expansivo de su metrópolis, desencadenaron la escalada de contactos. Poco después de sus viajes empezaron a acudir los barcos loberos peleteros a la costa sur y sur oriental, y en 1788 se produjo el asentamiento europeo con personas convictas en Australia, en Port Jackson (que actualmente forma parte de Sydney). Esta instalación sería seguida por la llegada de los misioneros. Y poco a poco durante la primera mitad del siglo XIX se fue explorando el interior del continente australiano.

Aunque los primeros en establecer puestos estacionales en la Tierra de van Diemen, la actual Tasmania, fueron loberos, el asentamiento con soldados, convictos y personas libres fue fundado oficialmente en 1803 por una expedición inglesa enviada desde Sidney para evitar el desembarco de franceses. La colonización fue fulminante, como lo demuestra el que en 1815 se efectuó una expedición de castigo contra los aborígenes por haber matado nada menos que 930 ovejas. La colonia se transformó rápidamente en una colonia ovejera y ganadera con centenares de miles de cabezas de ganado, para lo cual debían apropiarse de los territorios nativos.

Se calcula que la población colonial registrada pasó de 7.185 en 1821 a 24.279 en 1830.

En Nueva Zelanda, especialmente por tratarse de una isla y por tener unas condiciones ambientales y sociales semejantes, la arqueología ilustra bien el paralelismo con Tierra del Fuego y con la Costa Noroeste.

En todos esos sitios se puede considerar que hubo una fase de proto-contacto (con navegantes de varias nacionalidades alrededor de sus costas) documentada por algunos ítems europeos en contextos indígenas: clavos, hachas, vidrio y cuentas de collar. Le seguiría un período de contacto inicial más intenso con asentamientos estacionales de balleneros y loberos visible en el incremento de estos materiales en Nueva Zelanda y la instalación de las primeras colonias penales en el continente. Los trabajos arqueológicos ilustran claramente este proceso de contacto en el que al principio los aborígenes intentaron aprovechar la presencia de europeos y la introducción de nuevos ítems incorporando estos enclaves dentro de sus propias redes, lo cual como probablemente ocurrió también en Tierra del Fuego y la Costa Noroeste, estimuló agrupaciones importantes y estables de gente alrededor de los asentamientos y puntos comerciales europeos. El estacionamiento de hombres en las costas generó una cierta simbiosis y también problemas de aislamiento y de supervivencia de los nuevos colonos, transferencias de los aborígenes a los colonos, y asentamientos mixtos.

En Nueva Zelanda los primeros europeos en instalarse estacionalmente fueron loberos (fundamentalmente en la parte occidental de la isla del sur), en unos asentamientos donde, ya desde 1792, convivían con mujeres aborígenes y sus criaturas mestizas. El primer asentamiento oficial fue el de los misioneros de la Church Missionary Society en 1814 en Oihi, Bay of Islands (Middleton, 2006: 1).

La colonización fue llevada a cabo poco después por el sistema de compañías privilegiadas, que violando los tratados (como el de Waitangi de 1840) instalaron a más de 20.000 colonos en sólo diez años. Desde 1803 a 1854, se recibieron más de 74.000 personas convictas transportadas desde las islas británicas, unas 12.000 de las cuales eran mujeres. Esta política de expansión confinó a los indígenas, reducidos a una cuarta parte, a los terrenos más mediocres.

Los asentamientos británicos se convirtieron durante esta primera mitad de siglo en colonias.

Como en la Costa Noroeste (y más tarde en Tierra del Fuego), a mediados del siglo la fiebre del oro atrajo a más colonos hacia el continente australiano.

4.1 Violencia y enfermedades

Desde el primer contacto en 1769 entre Cook y los maoríes en Nueva Zelanda empezaron los enfrentamientos entre aborígenes y recién llegados. En Australia sólo cuatro meses más tarde del primer asentamiento, en 1788, ya se produjo un enfrentamiento. En diciembre de 1790 se registró la primera matanza reconocida de aborígenes. En el continente las matanzas continuaron impunemente hasta 1838, a cargo de fuerzas armadas oficiales y de colonos y ganaderos. Pero se prolongarían a lo largo de todo el siglo XIX (hasta 1932) a medida que avanzaba la frontera, y los conflictos se reproducirían entre los recién llegados: entre colonos libres y deportados, y entre *squatters*, ganaderos y colonos agricultores.

En Tasmania, aunque se supone que debieron existir algunos enfrentamientos previos entre aborígenes y loberos, el primer episodio violento conocido se produjo al año siguiente de la instalación de los europeos, en 1804. La violencia contra los aborígenes no cesó hasta su momento más álgido (la llamada *Black War*) entre 1823 y 1834. Tras una gran operación de "limpieza" en los distritos ya colonizados, culminó con la deportación de

todos los supervivientes (unos 220 de diferentes grupos de Tasmania) al asentamiento de Wyllbaenna en Flinders Island en Bass Strait. La mayoría moriría durante el proceso de captura y confinamiento: 14 años después de su confinamiento, en 1847, sólo quedaban 47 supervivientes (Birmingham, 1992).

Este proceso es absolutamente análogo al que se produciría más tarde, con el avance de la frontera ovejera, en Isla Grande de Tierra del Fuego sobre la población selknam, la cual acabó recluida en misiones segregadas, deportada y confinada en la Isla Dawson.

En Nueva Zelanda (después de Cook) se reprodujeron las hostilidades, esta vez entre loberos y maories con la llamada guerra del Red Shirt que se prolongó desde 1809 hasta los años 1820. Al igual que en la Costa Noroeste, con el conocido caso de John R. Jewitt de 1802 a 1807 (Jewitt y Stewart, 1987), hubo europeos que traspasaron la frontera para convertirse en “Pākehā” maories. Su conocimiento de las costumbres, modos de actuar, procesos de producción y acceso a bienes europeos (tales como mosquetes) les hacían muy apreciados por los indígenas. Esto conduciría a la constitución de un segmento de población mestizo como el que se había ido formando, ya desde 1821, en las islas del Bass Strait en Tasmania.

Al igual que en la costa norteamericana la ingerencia de europeos estimuló algunas tendencias pre-existentes en la sociedad nativa. El cultivo de la patata, como en el área tsimshian, fue adoptado muy pronto y utilizado como elemento de intercambio por los indígenas, lo que les permitió una menor dependencia de la estacionalidad en la subsistencia e incrementar la producción a la par que aumentar la fuerza de trabajo. Esto, junto a la posibilidad de adquisición de armas europeas, estimuló e incrementó las tensiones anteriores, la guerra y el esclavismo entre los grupos y pueblos maories (como pasó también en casos conocidos de la costa oriental de la Isla de Vancouver). Así se produjeron episodios sangrientos como la denominada “guerra de los mosquetes” entre maories entre 1807 y 1842.

El Tratado de Waitangi entre británicos y maories, firmado en 1840, permitió convertir el archipiélago en colonia ante el temor a la influencia francesa. El Tratado no fue respetado por los colonos, lo que desembocó en las guerras contra los maories entre 1845 y 1872, guerras que cambiarían definitivamente el balance de las fuerzas a favor de los recién venidos.

Al igual que ocurrió en Tierra del Fuego, a la violencia armada no tardó tampoco en sumarse el rapto de nativos y su traslado a Europa. Ya en 1790 se llevaron a dos aborígenes australianos para mostrarlos al rey de Inglaterra. El rapto de mujeres y niños fue también común en la ocupación de Tasmania (especialmente entre 1816 y 1818).

Los primeros asentamientos de loberos ya tuvieron como consecuencia la depredación sexual sobre las mujeres indígenas para utilizarlas como compañía durante sus campañas entre los meses de noviembre y mayo de cada año. Los europeos las obtenían de los propios aborígenes en Tasmania y en Nueva Zelanda a cambio de objetos europeos, pieles de lobo y perros.

Algunos misioneros se dedicaban a raptar criaturas (especialmente niñas) y las mantenían segregadas en recintos especiales, con la excusa de salvarlas de enfermedades venéreas.

Lo mismo que en todo el continente americano las enfermedades redujeron la población indígena a un tercio. La primera epidemia registrada se produjo alrededor del asentamiento europeo ya en abril del año siguiente a su establecimiento. Las epidemias se fueron reproduciendo regularmente en 1792, 1822, 1831... En sus exploraciones los europeos iban encontrando personas marcadas por la viruela de tal manera que se ha sugerido incluso que las enfermedades las habrían introducido pescadores asiáticos desde el norte, antes de la llegada europea.

Las enfermedades de transmisión sexual, el alcoholismo y la política de segregación implementada por los misioneros primero y por el propio gobierno colonial después contribuyeron a desmantelar el modo de reproducción de la población aborigen, que tardaría más de un siglo en empezar a recuperarse y reorganizarse.

4.2 Depredación de los recursos

Las primeras épocas de explotación de pinnípedos están poco documentadas. Los registros empiezan en 1791. En principio el objetivo fueron las pieles (se llegaron a obtener más de 45.000 anuales) para ser cambiadas primero en China por productos artesanales, especies, te y sedas y después en Londres donde se vendía bien el aceite, la grasa y las pieles para las que se desarrollaron procesos industriales de preparación y conservación.

Afectó desde las costas del sur de Australia hasta las islas más meridionales del Antártico. En las costas del sur de Nueva Zelanda duró hasta la mitad de los años 1810, pero en sólo cuatro años desde 1798 a 1802 se sobreexplotaron los pinnípedos en toda la zona del estrecho de Tasmania, y los barcos loberos tuvieron que desplazarse cada vez más al sur. El negocio tuvo un bajón por hostilidades con los maories en el sur, con un ligero repunte en 1823 después del cese temporal de la lucha y la instalación de pequeños asentamientos sedentarios. Pero las poblaciones de animales en Australia y Nueva Zelanda ya estaban sobreexplotadas en 1830 y las posibilidades de explotaciones masivas prácticamente acabadas.

La explotación de pinnípedos por su piel y por su grasa se complementaba en el sur de Australia, Tasmania y en Nueva Zelanda e islas meridionales con la explotación intensiva de ballenas (por su grasa, huesos y por las barbas) ya desde antes de 1803. Esta caza se realizaba desde bases-factorías situadas en calas y bahías. El agotamiento de los animales cerca de las costas y la competencia del queroseno como combustible hacia 1850, cambió el tipo de explotación dirigiéndola entonces hacia alta mar.

En las actividades productivas de estas explotaciones se incorporaron a las mujeres y a algunos hombres aborígenes. También participaron en estas labores de explotación marítima aborígenes neozelandeses desde esas bases situadas en el sur del archipiélago. Se constituyeron así pequeños asentamientos con mayor o menor mezcla de nativos y europeos.

4.3 La desestructuración social y asentamiento europeo

La instalación permanente de misioneros en Nueva Zelanda en 1814, de las bases costeras de operaciones balleneras, la explotación forestal y del lino neozelandés, así como la expansión agropastoril incrementaron estos contactos y los materiales transferidos.

La rápida colonización por blancos desembocó en un avance de las fronteras, los enfrentamientos armados y la actividad misionera. Se reubicó a los supervivientes y se establecieron reservas, se intentó atraer a los indígenas al cristianismo, al modo de vida europeo, a la explotación de recursos de interés comercial y al trabajo asalariado.

Las excavaciones en la mencionada misión de Wybalenna en Bass Strait, a donde fueron trasladados los indígenas de Tasmania entre 1833 y 1847 pueden ofrecer una luz complementaria a cómo se produjo la desaparición de la sociedad tasmana aborigen. Los trabajos arqueológicos confirman las opiniones de los historiadores que sugieren que el asentamiento de Wybalenna no era viable: las condiciones de vida eran ínfimas y la comida escasa, de forma que algunos aborígenes murieron por malnutrición y enfermedades. Los aborígenes pasaban tiempo fuera cazando la fauna local para complementar su dieta: hay

una mezcla de huesos de pequeños marsupiales, moluscos y fauna doméstica europea (que va incrementando su proporción con el tiempo). También han enseñado que no todos los residentes aceptaban por igual las condiciones impuestas: hay instrumental tallado en vidrio y diferentes proporciones de fauna local e importada en las diferentes habitaciones.

Está claro que se intentó re-educarles en las costumbres (por ejemplo, en el barrido de las estancias, la vajilla cerámica...) y con el sistema europeo (lápices, tinteros). Otros ítems europeos, como botones, cuentas de collar, canicas, tabaco y pipas de cerámica debían comprarlos con monedas y nos demuestran por tanto la incorporación de los nativos al trabajo asalariado y a la economía de mercado.

El establecimiento oficial de las colonias y la transformación de los establecimientos en verdaderos núcleos administrativos y urbanos a partir de 1840, así como la declaración como ciudades de Sydney (1852), Perth (1856), Melbourne (1847) por la reina Victoria, marcan el fin de este período de asentamiento colonial.

5. El final de las sociedades con las que se entró en contacto

En todas estas zonas con presencia de sociedades nativas organizadas en una subsistencia centrada en la recolección-pesca o caza se documenta arqueológicamente siempre un mismo proceso, aunque difiera cualitativamente o no sea completamente sincrónico a nivel local:

1. Un proto-contacto (indirecto o puntual y litoral) cuyos efectos vemos arqueológicamente en los materiales europeos (materias primas y otros utensilios reformateados con técnicas propias y adaptados a usos propios) encontrados en los yacimientos aborígenes. Se produjo el primer impacto de las enfermedades europeas y la paulatina adaptación de la tecnología europea en un contexto de relaciones sociales y de sistemas de subsistencia nativos. Paralelamente se experimentó un cambio en los patrones de asentamiento para situarse ventajosamente en relación a este nuevo *input* exterior, pero aún dentro de los sistemas de relaciones tradicionales. Se estimularon ciertas tendencias ya existentes, como la agregación, la subordinación de las mujeres y la desigualdad social y, en su caso, la violencia intergrupal.
2. Un contacto directo y asentamiento de europeos (viajeros, comerciantes, misioneros, mineros y colonos), que conllevaron nuevos episodios de epidemias catastróficas y a veces luchas/matanzas. Estos europeos, después de unos primeros contactos que implicaron más o menos violencia, trataban de secuestrar o captar algunas personas nativas para que les sirviera posteriormente de traductoras o introductoras en su sociedad.

Los asentamientos europeos que se instalaron hacia mitad del siglo actuaron como lugares de atracción para la población indígena al tiempo que sirvieron de propagación de enfermedades, alcoholismo y como cabezas de puente del trabajo "independiente"-asalariado- y como bases para la explotación y competencia por los recursos y el territorio.

Finalmente, se fue produciendo la integración de los nativos como mano de obra (guías, tramperos, cazadores, proveedores de alimentos, traductores, intermediarios del comercio) y de las mujeres, ellas siempre con el añadido de sexo.

A lo largo de este siglo estos grupos fueron totalmente desestructurados socialmente, e incluso físicamente casi desaparecidos, como los tasmanos o los beotucos de Newfoundland, ya durante la primera mitad del XIX. Los supervivientes se integrarían en la economía de mercado e incluso pasaron a depender de ella para su subsistencia, formando parte de las

clases sociales asalariadas más bajas de la nueva sociedad.

Su largo proceso histórico se vio abocado en el siglo XIX a un cambio que no controlaban, por lo que resultó rápidamente desestructurante a nivel social (redes sociales, estructura social). Aunque quizás supuso en un principio mejoras cotidianas puntuales para una parte de estas sociedades nativas, finalmente fue letal para la supervivencia de sus estructuras organizativas. Las sociedades aborígenes sólo “resucitarán”, o se reconstruirán como entidades, a partir de la II Guerra Mundial por motivos y con una lucha ya claramente políticos.

En este intermedio entre los primeros contactos y las desapariciones es cuando jugaron un papel importante las misiones religiosas, las compañías industriales, los buscadores de oro/aventureros varios o los marineros de empresas explotadoras de recursos marinos, así como los distintos gobiernos que se fueron formando en los nuevos países surgidos de las colonizaciones

6. Las causas globales

Hasta aquí la descripción de unos procesos que afectaron a las sociedades del extremo de la expansión colonial europea. A partir de la constatación de la existencia de este fenómeno y de unos procesos globales recurrentes, se debe analizar la evidencia que informa de las causas también globales de este final de unos sistemas sociales que habían sobrevivido a multitud de crisis a lo largo de miles de años.

Los objetos alóctonos (metálicos, de porcelana, vidrio, etc.) hallados en los sitios arqueológicos correspondientes a asentamientos de los extremos de América y Oceanía de principios del siglo XIX entraron por vía marítima. Estos ítems nos están relacionando estas zonas con unos centros de producción situados en la Europa atlántica. Se trata de la Europa emergente en este siglo, la de las naciones-estado, la Europa colonial-expansionista-científica-industrial-culta.

En esta primera mitad del siglo XIX, Europa pasaba por grandes cambios. El capitalismo europeo de la incipiente revolución industrial desarrollaba y consolidaba nuevas fuentes de energía (máquina de vapor). Se ampliaban notablemente los sistemas de transporte (el tren), el carbón como combustible y el hierro como columna vertebral. Y se producían grandes movimientos de gente (del campo a las ciudades).

Todo ello conllevó -y fue provocado por- un aumento en la demanda de medios de producción, cada vez más sofisticados, de productos de lujo por parte de las nuevas clases altas/burguesas de la sociedad, así como de productos de consumo por las clases obreras metropolitanas y por la nueva población colonial en expansión.

Se trataba de una Europa básicamente legitimista, clerical y reaccionaria donde el nacionalismo y el liberalismo predominaban. El nacionalismo fue un importante factor político y la teoría mercantilista proporcionó un estímulo para el desarrollo de un nuevo tipo de colonia -la colonia establecida por los europeos fue como una extensión económica y social de la metrópoli. Este sistema, que requería importantes fuentes de materias primas y nuevos mercados para colocar sus productos, inició también ahora su expansión colonial. La exploración de los últimos confines para la evaluación de sus recursos potenciales precedió brevemente a la penetración colonial, que con frecuencia se justificó con argumentos culturales e ideológicos-religiosos: como una misión civilizadora y/o evangelizadora.

Así las causas de las desapariciones de aquellos sistemas de vida exitosamente conseguidos y experimentados durante tanto tiempo, con características locales propias y

con crisis específicas, no fueron internas. La competencia comercial entre naciones llevó al establecimiento de nuevas colonias en las nuevas tierras, procesos en los que se produjeron los contactos/encuentros con las sociedades que llamaron “primitivas”/etnográficas y que condujeron rápidamente a su final. Así pues su desaparición fue provocada por un enfrentamiento con un sistema socioeconómico externo en expansión cuyas características intrínsecas emergentes lo hacían imponerse, destruyendo a aquellos con los que contactaba.

La historia, después de los primeros contactos, es ya la historia de la colonización europea.

7. Transformaciones en las colonias

La voracidad y la fuerza de ese nuevo sistema son patentes no sólo en las nuevas tierras que van ocupando las metrópolis europeas en este siglo sino en las antiguas colonias establecidas siglos antes. Se pueden rastrear arqueológicamente las consecuencias de esa pugna entre las naciones europeas, entre las metrópolis y sus antiguas colonias o entre los nuevos colonos y los indígenas, a lo largo de todas las costas y de los vestigios arqueológicos de las batallas terrestres y navales como los restos subacuáticos de la emblemática confrontación de Trafalgar.

Las rivalidades entre las grandes potencias europeas por la apropiación y explotación de los territorios “descubiertos/conquistados” fueron un estímulo primero para los viajes científico-políticos (con aventureros, saqueos y secuestros). El viaje del HMS Beagle es el ejemplo más conocido de la primera mitad del siglo XIX (Figura 4). Estos viajes tenían como objetivo la búsqueda y evaluación de nuevos recursos, estudiar las posibilidades de su explotación (loberos-foqueros-balleneros-oro-pieles-tramperos) y establecer nuevos circuitos mercantiles. Las mercancías y circuitos son conocidos por los análisis arqueológicos de pecios y por la distribución de los bienes alóctonos que se han encontrado. Por los registros de los barcos se puede seguir la circulación de algunas mercancías: porcelana, especies, seda y te de China que se cambiaban por pieles finas de Norteamérica o del subártico primero, y por opio después (en la primera Guerra del Opio, Inglaterra impuso su consumo en 1842); combustible, minerales, lana, algodón, tabaco, comestibles, café y azúcar de las colonias ya instaladas a cambio de productos con valor añadido o industriales (tejidos, porcelana de Staffordshire, bebidas alcohólicas, y bienes de consumo de lujo para las clases dominantes y las clases medias emergentes), y por supuesto mano de obra (esclava, forzada o libre, africana, europea o asiática).

Bajo estas pugnas económicas entre naciones europeas se producirían, por ejemplo, los cambios de “propiedad” de algunas colonias (la compra de Florida y Louisiana). Los deseos de enriquecimiento de las nuevas élites criollas –tanto los grandes productores como los intermediarios urbanos– conducen a las independencias de los países en los primeros decenios del siglo XIX, procesos en los que tampoco fueron ajenos los intereses de las potencias metropolitanas rivales para conseguir esos nuevos mercados (estas injerencias extranjeras ya se habían producido desde la primera independencia, la de los EEUU). La arqueología de las fortificaciones coloniales españolas y francesas del Caribe señala perfectamente de dónde procedía en primer lugar el problema.

Las diferentes idiosincrasias de las distintas colonizaciones se reflejan en las particularidades de la evidencia arqueológica y de los patrones de asentamiento, por ejemplo entre el Caribe español, el francés o el inglés. Los desplazamientos de colonos y los nuevos asentamientos tienen también su expresión arqueológica cuando se compara por ejemplo la estructura de las viviendas de los arcadianos con las de los colonos previamente instalados en el sur de EEUU.

La fuerza de los circuitos comerciales que se veía estimulada por el deseo de bienes y productos de importación exóticos impulsó la intensificación de la producción en esas ex-colonias, tanto de productos importados (café) como de productos propios como caucho, guano o tabaco. Surgió así una nueva clase de propietarios, rentistas y comerciantes que frecuentemente además de las propiedades y grandes viviendas en el campo se construían una residencia en las ciudades. Como reflejo de lo que ocurría en las metrópolis, estas clases emergentes o nuevas en los nuevos países trataban de seguir las modas europeas, imitaban estilos de comportamiento, la arquitectura, los objetos de lujo, el mobiliario, la moda en el vestir, etc., para todo lo cual importaron directamente gran cantidad de artículos de lujo.

Arqueológicamente se constata la presencia de bienes de lujo europeos y de nuevos medios de producción: se pasó, por ejemplo, del pequeño trapiche artesanal al ingenio azucarero con la temprana introducción de la maquinaria de vapor y del ferrocarril. El conjunto de edificaciones para el procesado de la caña, ingenios, han sido bastante estudiados arqueológicamente en Cuba, República Dominicana, Venezuela y Argentina. En Cuba, por ejemplo, a principios de siglo se multiplicaron los ingenios azucareros llegando a más de un millar en los años 30. En ellos no sólo se extraía el azúcar sino que se empezaba también a producir ron. También se han estudiado arqueológicamente haciendas cafeteras en Venezuela, Guatemala y Cuba.

El tabaco y el algodón fueron otros de los productos coloniales estrella que comenzaron su auge en este período. En Estados Unidos hay estudios arqueológicos de grandes explotaciones de terratenientes del sur y de pequeñas granjas del norte.

La intensificación agrícola explica el florecimiento de la explotación del guano. En 1845 comenzó desde Perú la exportación de este famoso fertilizante debido a la gran demanda de Norteamérica y de Europa para elevar su producción agrícola con la que hacer frente al crecimiento demográfico.

Lo mismo pasó con otros productos para satisfacer las demandas industriales. Por ejemplo, el caucho extraído en la selva subtropical era para la industria británica una materia prima imprescindible. También se han realizado estudios arqueológicos que documentan este tipo de explotaciones.

La misma intensificación presionaba en las colonias mayores hacia la ocupación del *hinterland* en el que habían sobrevivido poblaciones indígenas. Éstas habían desarrollado nuevas estrategias organizativas políticas, sociales y económicas aprovechando elementos nuevos (caballos, ganadería, cultivos, armas).

La expansión europea, la ocupación y el definitivo desalojo de las poblaciones indígenas, que tienen un reflejo arqueológico en los campos de batalla y en las edificaciones militares, van a empezar en esta primera mitad del siglo XIX pero se intensificarán y consumarán en la segunda mitad, a partir de los años cuarenta.

Los ejemplos más relevantes y de los que tenemos trazas arqueológicas son, además de la “guerra maorí”, el avance de los blancos en África del Sur, la “conquista” del oeste en EEUU y la llamada “guerra del desierto” en la Patagonia argentina.

En Argentina existía una situación mantenida de frontera inestable que había generado una población nativa y mestizada que había desarrollado unas nuevas estrategias sociales y económicas: reagrupándose, mezclándose, dedicándose a la ganadería bovina y caballar, o a la explotación de la sal para satisfacer las demandas de consumo y militares de la población europea, e incluso participando en las propias disputas coloniales y criollas. Arqueológicamente existen evidencias tanto de la transformación de los nativos (por ejemplo las estructuras de las aguadas) como de fuertes españoles y argentinos antiguos. El esfuerzo por desintegrar la estructura indígena y absorber la mano de obra

“no domesticada” –indígena y gaucha– se completará con la intensificación de la guerra, bien reflejada arqueológicamente en los fuertes y fortines y en los medios de producción y bienes de consumo que se recuperan en estos sitios.

La eclosión de una clase urbana de comerciantes intermediarios contribuyó a la remodelación de las ciudades coloniales existentes y a su crecimiento como centro de servicios y como lugares de ubicación de industrias de transformación primaria. El caso de Buenos Aires es bien ilustrativo, con una planificación que se había comenzado a regular incluso antes de la independencia, en las regulaciones de Carlos III (Schávelzon, 2002). Con las independencias surgen industrias criollas, fábricas locales (por ejemplo de loza) a la par que se liquidan algunas formas antiguas de organización del trabajo de inspiración religiosa como la de los monjes capuchinos en Venezuela (Sanoja, 1998).

Las mismas potencias (especialmente Gran Bretaña) que favorecieron las independencias que les permitieron penetrar en estos mercados estimularon las rivalidades e intereses o planes divergentes que surgieron entre las diferentes élites locales. Inmediatamente después de las independencias se sucedieron guerras civiles y guerras entre vecinos que frustraron, o lo intentaron, la instalación de grandes países que pudieran hacer peligrar la hegemonía de la máxima potencia emergente.

El caso de la rivalidad mejor conocida también arqueológicamente es la de EEUU con México. La expansión de la futura nueva potencia se orientó no sólo hacia el norte y el oeste sino también hacia el suroeste entrando en conflicto con México con el que se llegó a la guerra, y al que finalmente arrebató el 55% de su antiguo territorio.

8. Cambios económicos e ideológicos en las metrópolis

Los grandes circuitos comerciales transatlánticos generaron una demanda de materias primas y al mismo tiempo de productos con valor añadido, lo cual condujo al desarrollo de la producción masiva que instaló una segunda fase de la revolución industrial, la de las fábricas mecanizadas. Este proceso ha sido bien estudiado por la Arqueología industrial en el centro y norte de Europa.

El desarrollo de la urbanización y también de la industrialización en este continente, que había comenzado en el último tercio del siglo precedente, tiene su continuación en la primera mitad del siglo XIX. La demanda de mano de obra atraerá la población del campo hacia las zonas industriales y las ciudades. Esta industrialización y los sistemas de producción masivos que se fueron desarrollando: la producción de porcelana fina y de los sistemas de transferencia de los diseños, son un excelente ejemplo bien estudiado arqueológicamente. El encadenamiento de los procesos de producción aceleró la retroalimentación de todos estos ciclos: las fábricas de textiles por ejemplo, necesitaron el desarrollo de nueva maquinaria que a su vez estimuló la metalurgia, la demanda de metales y de combustibles, la minería...

Este desarrollo requirió una transformación fundamental en las relaciones de producción. El cambio supuso el fin del esclavismo y de los residuos de las relaciones feudales de producción, lo cual no se produjo sin resistencias. La arqueología ha estudiado este momento del fin del esclavismo, desde el análisis de los restos de barcos negreros hundidos en el Caribe hasta los ingenios y grandes plantaciones esclavistas o los refugios de esclavos cimarrones huidos (por ejemplo en Cuba).

El modo de producción capitalista se basaría en el trabajo asalariado no esclavo, para lo cual se tuvo que re-educar a la fuerza de trabajo. Estas nuevas relaciones de producción tuvieron que imponerse por la fuerza frente a las resistencias de ciertas clases de grandes

productores agrícolas, pero eran especialmente ventajosas en ambientes industriales. En efecto, tenían como ventaja la reducción de gastos fijos, la flexibilidad del mercado de trabajo para su adaptación a la creciente mecanización y masificación y la generación de nuevos ciclos de consumo y beneficio (alquileres de viviendas, ventas de consumo que se materializan en colonias industriales cuyas trazas arquitectónicas y arqueológicas encontramos por toda Europa).

La reestructuración de la fuerza de trabajo, la expansión económica conducirán a grandes desplazamientos de población: migraciones masivas de centro y nordeuropeos hacia las colonias y el desplazamiento de personas de la India hacia Sudáfrica. Hacia mediados de siglo se empezaron a desplazar también chinos hacia las Américas.

La pérdida de mano de obra masculina en las guerras entre las potencias metropolitanas, en las de liberación colonial, en las propias emigraciones hacia las colonias, etc. debía ser remplazada: se trataba por tanto de situar a la mujer como reproductora (de la fuerza de trabajo y de la ideología) y a la vez como mano de obra de reserva.

La situación política, legal y económica de las mujeres no cambió de manera significativa con la sociedad industrial y el liberalismo. Siguieron estando discriminadas respecto a los varones. Sí se generalizó el trabajo femenino en fábricas y minas pero en condiciones de extrema explotación y de discriminación salarial frente a sus compañeros de trabajo. Por otro lado, las áreas profesionales de más responsabilidad así como la educación superior, estuvieron vetadas a las mujeres. Este campo de estudio, el de las condiciones de trabajo en particular de las mujeres ha sido todavía poco tratado en la Arqueología del capitalismo.

La existencia de una fuerza de trabajo y de consumidores libres exigió re-estructurar las relaciones de reproducción social: la construcción de una ideología para la alienación y el dominio ideológico por un lado, y para estimular la reproducción de la misma fuerza de trabajo por otro.

Fue imprescindible un cambio ideológico para conseguir una revolución en el ámbito reproductivo. La vinculación de la moral con la reproducción tiene su teorización paradigmática en la obra de Malthus, que serviría entre otras cosas como base para la elaboración de la Teoría de la Evolución y por tanto de fundamento de la misma Biología.

Paralelamente se produjeron cambios en la ideología política. Los nacionalismos estimularon la identificación de los consumidores con los productores unificando y favoreciendo de este modo el consumo interno en las naciones centrales y de los productos metropolitanos en las colonias. Las élites coloniales no sólo importaban los objetos de lujo que imponían las modas europeas sino una buena dosis de la ideología liberal y un nuevo estilo de vida a imagen y semejanza de las burguesías europeas.

La demanda cultural de esas élites se vincula con el neoclasicismo y con el romanticismo, lo que hace que la Arqueología de este período se reencuentre con su propio origen. Estamos frente al nacimiento de la Arqueología como disciplina, en paralelo al de otras ciencias (como la Geología o la Biología). El nacionalismo trajo también consigo un interés por el pasado y por el papel que éste podía jugar en la construcción y legitimación del presente. Interesa y se investiga/excava el pasado remoto –la prehistoria, la civilización greco-romana. El romanticismo por su parte intensifica el interés por las civilizaciones perdidas: Próximo Oriente, egipcios, mayas,... por un oscuro pasado común: celtas, megalitos...

El desarrollo de la Arqueología se vincula con la demanda de productos de consumo exóticos y de cultura: ésta se expresa en la arquitectura (neogótica, neoclásica) que se documenta en las excavaciones de mansiones y jardines que nos hablan de estos intereses de la burguesía. A comienzo del XIX la demanda de antigüedades por parte de los estados y los coleccionistas se hace tan grande que se crean los grandes museos en Europa y EEUU, para preservar y exhibir las reliquias del pasado. Así, el XIX es el siglo de los museos, del

expolio de las antigüedades en Egipto, en Grecia (se compran los frisos del Partenón)... y de exposiciones de gente exótica –“otros pueblos”– que refuerzan el sistema europeo, la civilización y el status quo.

9. Las resistencias

Pero la acción de imposición de este sistema capitalista provocó inmediatamente reacciones importantes, crisis sociales. Se puede hablar de la “Europa de las revoluciones”: las revoluciones burguesas y las de independencia de las colonias van seguidas de otras crisis, revueltas y resistencias obreras. Surgieron movimientos sindicales y sociales como el ludismo, opuesto a la maquinización y que fue duramente reprimido, el socialismo utópico de Owen (en 1839) que inspiró la fundación de colonias utopistas (algunas de las cuales han sido también estudiadas arqueológicamente). Estos movimientos culminaron hacia la mitad del siglo XIX con la edición del Manifiesto Comunista (origen del socialismo científico), la publicación de las obras de Proudhon (origen del anarquismo) y las revoluciones europeas de 1848.

También en ese mismo año 1848 se hizo público el primer documento colectivo del feminismo norteamericano, la denominada “Declaración de Seneca Falls”, aprobada el 19 de julio en una capilla metodista de esa localidad del estado de Nueva York. En este documento se expresa por primera vez lo se podría denominar una “filosofía feminista de la historia”. Una filosofía que denunciaba las vejaciones que a lo largo de la historia habían sufrido las mujeres.

10. Conclusión

Las causas de la desaparición en todo el mundo de antiguos sistemas sociales basados en una producción y reproducción controladas fueron externas y violentas, estructural y coyunturalmente. Su origen debe buscarse en Europa y atribuirse a su sistema capitalista inicial que empieza a expandirse y a consolidarse en la primera mitad del siglo XIX. Éste precisaba de una globalización donde fructificaron colonias, convertidas pronto en países independientes, y por su voracidad de recursos y territorios implicó la eliminación de “marginalidades” incompatibles con él. La Arqueología de ambos lados de la frontera del capitalismo permite ya un acercamiento desde el lado oscurecido de la Historia, aquel que no fue objeto de documentación escrita porque no fue considerado relevante ni merecedor de atención sino como elemento a eliminar. Esta Historia a partir de la evidencia arqueológica contribuye a completar nuestra comprensión del fenómeno de la expansión del sistema mundial y a fijar su alcance y sus ritmos.

11. Bibliografía

BIRMINGHAM, J. (1992): *Wybalenna: The Archaeology of Cultural Accommodation in Nineteenth-Century Tasmania: A Report on the Historical Archaeological Investigation of the Aboriginal Establishment on Flinders Island*, Sydney, Australasian Society for Historical Archaeology .

DÍAZ-ANDREU, M. (2005): "Archaeology and colonialism: Cultural contact from 5000 BC to the present", *Journal of Anthropological Research*, 61, 3, 396-397

ESTÉVEZ, J. y VILA, A. (2007): "Twenty years of ethnoarchaeological research in Tierra del Fuego: some thoughts for european shell middens archaeology", en Milner, N., Craig, O. E & Bailey, G. N. (eds.), *Shell Middens in Atlantic Europe*, Oxford, Oxbow Books, 183-195.

JEWITT, J. R. y STEWART, H. (1987): *The adventures and sufferings of John R. Jewitt: captive of Maquinna*, Vancouver, -B.C.-, Douglas & McIntyre.

LEONE, M. P. y POTTER P. B. Jr. (1999): *Historical archaeologies of capitalism*, Nueva York, Plenum Press.

LYDON, J. y RIZVI, U.Z. (eds.) (2010): *Handbook of postcolonial archaeology*, Left Coast Press, Walnut Creek (California).

MARTINDALE, A. (2006): "Tsimshian Houses and Households through the Contact Period", en E. Sobel, D. A. TRIEU GAHR & K. M. AMES (eds.): *Household Archaeology on the Northwest Coast*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, 140-158.

MIDDLETON, A. (2006): "Silent Voices, Hidden Lives: Archaeology, Class and Gender in the CMS Missions, Bay of Islands, New Zealand, 1814-1845.", en *International Journal of Historical Archaeology* 11(1): 1-31.

PRINCE, P. (2001): "Artifact distributions at the Kitwanga Hill Fort: Protohistoric Competition and Trade on the Upper Skeena", en Cybulski, J.C. (ed.): *Perspectives on Northern Northwest Coast Prehistory*, Hull, Canadian Museum of Civilization (Archaeological Survey of Canada Mercury Series Paper, 160), 249-268.

SANOJA, M. (1998): "Arqueología del capitalismo. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas de Guayana", en Molina, L. & Amodio, E. (eds.): *Técnicas y tecnologías en Venezuela durante la época colonial* (Boletín del Museo Antropológico de Quibor, nº 6), Quibor: Museo de Quibor, 135-160.

SCHÁVELZON, D. (2002): *The Historical archaeology of Buenos Aires: a city at the end of the word*, New York, Kluwer Academic Publishers.

SMITH, I. (2005): "Retreat and Resilience: Fur Seals and Human Settlement in New Zealand", en G. G. Monks (ed.): *The Exploitation and Cultural Importance of Sea Mammals*, Oxford, Oxbow Books, 6-18.

STEBBERG, R. (2003): *Arqueología histórica antártica. Aborígenes sudamericanos en los mares sub antárticos en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos -Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

VICENTI PARTEARROYO, A. (2007): "Perspectivas sobre la arqueología industrial", *Arqueoweb. Revista sobre arqueología en internet* 9 (1). Disponible en: <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/9-1/vicenti.pdf> (consultado 12 agosto 2011).

ZARANKIN A. y SENATORE M. X. (2005): "Archaeology in Antarctica, 19th century capitalism expansion strategies", *International Journal of Historical Archaeology*, Vol. 9 (1): 43-56.

FIGURAS



Figura 1. Yacimiento arqueológico Lanashuaia, en Tierra del Fuego (Argentina).



Figura 2. Cuchillos fueguinos: los dos de la izquierda de factura tradicional con hoja de valva de molusco; los tres de la derecha utilizando hojas de hierro enmangadas a la manera tradicional.



Figura 3. Sitio histórico de Fort Langley. El original fue construido por la compañía de la Bahía de Hudson en este lugar en 1939. Es el lugar donde se proclamó en 1858 la Colonia de British Columbia. La reproducción se construyó para la visita turística.

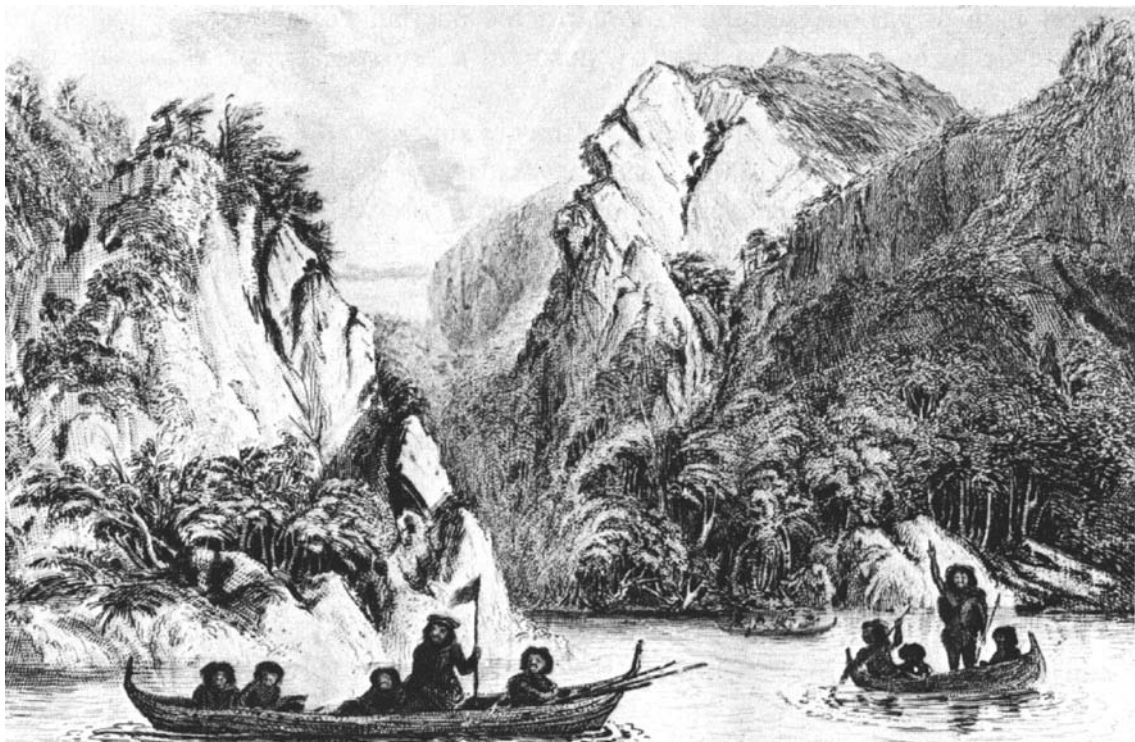


Figura 4. Dibujo de canoeros fueguinos realizado por T. Lanseer y reproducido como grabado en la obra *Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836 describing their examination of the Southern shores of South America and the Beagle's circumnavigation of the globe*, London, Henry Colburn, 1839.